

Cemento, cenizas y chimenea: La dimensión simbólico-identitaria del desarrollo territorial en Pipinas

Román Fornessi

Introducción

En este capítulo se presentan los resultados de una investigación que analiza y caracteriza el desarrollo territorial producido en la localidad de Pipinas, provincia de Buenos Aires. La construcción del objeto de estudio parte de la definición que sostiene que desarrollo es toda instancia de acumulación material e inmaterial que se da a partir de las articulaciones entre los actores de la localidad. El espíritu de la propuesta es entender el desarrollo territorial desde una perspectiva integral —para no homologarlo con la idea de crecimiento económico— por lo que se propone concebirlo desde su multidimensionalidad: político-institucional, socioproductiva, simbólico-identitaria y espacial. En este capítulo se toman en cuenta los resultados hallados para la dimensión simbólico-identitaria, puesto que se considera que reflejan oportunamente las dinámicas de desarrollo territorial que surgen alrededor de la actividad industrial que llevaba a cabo la empresa Corcemar, instalada en 1938 en la localidad, comprada en 1991 por Loma Negra, y cerrada definitivamente en el año 2001.

La hipótesis con la que se trabaja plantea que alrededor de Corcemar/Loma Negra se gestaron iniciativas por parte de los actores

territoriales que generaron dinámicas de acumulación material e inmaterial, lo que permite hablar de procesos de desarrollo territorial en Pipinas.

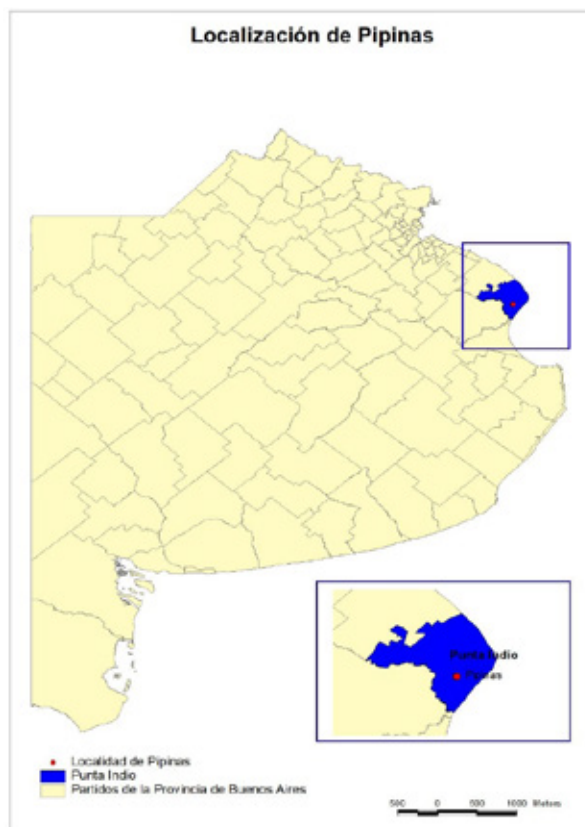
El trabajo de campo fue realizado en el año 2017 de acuerdo a los parámetros de una investigación cualitativa: se relevó información mediante entrevistas semiestructuradas a informantes calificados y además se recurrió a fuentes secundarias de información (fotografías, imágenes satelitales, periódico local, boletín Corcemar).

Pipinas

La localidad de Pipinas pertenece al municipio de Punta Indio junto con las de Verónica —cabecera del partido—, Punta del Indio, Álvarez Jonte, Las Tahonas, Luján del Río, La Viruta, Monte Veloz y Punta Piedras. Dicho municipio se constituyó como tal en el año 1995 a partir de la promulgación de la Ley N° 11.584, aprobada por la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, que estableció la división del partido de Magdalena, al que pertenecían hasta entonces todas aquellas localidades y centros poblados.

El partido se encuentra en la provincia de Buenos Aires, a 90 km de la ciudad de La Plata; limita con el Río de la Plata y la Bahía de Samborombón al este, con el municipio de Magdalena al norte y noroeste y con el de Chascomús al oeste y suroeste. Cuenta con una superficie de 1.627 km² y una población estimada para el 2017 en 10.404 habitantes, según las proyecciones de la Dirección Provincial de Estadística de la Provincia de Buenos Aires.

Mapa 1. Ubicación del partido de Punta Indio y de la localidad de Pipinas.



Fuente: Indec (2015).

Breve reseña histórica de la localidad

La localidad de Pipinas se fundó en el año 1913 a partir de la instalación de la estación de tren que llevaba ese nombre y del tendido ferroviario del FF. CC. General Roca, que conectaba a esta con las localidades de La Plata, Bartolomé Bavio, Magdalena y Álvarez Jonte. Este ramal tenía la función de ser colector de la producción lechera de la zona.

Pipinas fue fundada al calor del proceso de consolidación del modelo agroexportador;¹ en este período contaba con algunas residencias familiares y un almacén de ramos generales que proveía al pueblo. Durante estos primeros años su principal actividad productiva fue agraria y ganadera.

En el año 1938, en los inicios de la etapa de industrialización sustitutiva, se instaló allí una tercera planta de la empresa Corcemar (Corporación Cementera Argentina SA) que no solo ocupó mano de obra pipinense sino que demandó fuerza de trabajo de otras localidades, por lo que varios de estos trabajadores decidieron instalarse allí. La cementera llegó a ocupar 500 personas en esta planta, que explotaba conchilla extraída de canteras localizadas en la zona.

La empresa se involucró en la vida social del pueblo por medio del Club Corcemar, un centro recreativo que brindó a los empleados, sus familias e invitados, canchas de fútbol, una pileta de natación de 25 metros de largo y un polideportivo techado que albergaba, además de actividades atléticas, espacio para proyecciones cinematográficas y una confitería. Asimismo, contaba con un hotel para los empleados no residentes en Pipinas. Se forjó así una comunidad que vivía al amparo de la fábrica y cuyos jefes y jefas de hogar estaban —o habían estado— ocupados por la empresa.

Como puede observarse en la **Imagen 1**, se trataba de un establecimiento de importantes dimensiones. Allí se destaca la chimenea de la fábrica, un hito significativo en el paisaje de la localidad. En el ángulo inferior derecho de la imagen puede observarse la pileta que era parte de las instalaciones de la fábrica destinadas a los/as trabajadores/as y sus familias.

¹ La periodización adoptada corresponde a la propuesta por Rapoport (2007).

Imagen 1. Vista aérea del establecimiento Corcemar.
Década de 1960



Fuente: Fotografía proporcionada por un entrevistado.

El período rentístico-financiero iniciado en 1976 impactó negativamente en Pipinas: en el año 1980 se clausuró el ramal ferroviario que unía la localidad con la ciudad de La Plata.

En 1991, en pleno auge del régimen de acumulación neoliberal que generó un gran proceso de desindustrialización y fortaleció dinámicas de concentración económica de grandes conglomerados de capital, la empresa fue comprada por el grupo Loma Negra y comenzó un proceso de reestructuración productiva que la llevaría de la producción de cemento a la producción de cal, seguido por una ola de despidos masivos de mano de obra que dejó activos solo a 28 empleados de la planta. A la vez cesaron las actividades sociales y recreativas creadas y organizadas por la fábrica (las más paradigmáticas eran el club deportivo y el hotel).

Imagen 2. Estación de tren Las Pipinas en la actualidad



Fuente: Registro de campo (2017).

Estos hechos produjeron la acentuación del éxodo poblacional de Pipinas,² una situación similar a la de otras pequeñas localidades de la provincia: emigración hacia las principales aglomeraciones y, por tanto, despoblamiento de estos espacios.

En el año 2001 cesó definitivamente la actividad de la planta.

A partir del inicio del período de posconvertibilidad comenzó a gestarse en la localidad un conjunto de iniciativas tendientes a contrarrestar los efectos negativos de la crisis. Esto surgió unido con el crecimiento de la actividad económica a escala nacional en el marco de un nuevo modelo productivo fortalecido por políticas de estímulo al mercado interno. En este contexto, varios pipinenses llevaron a cabo la instalación de emprendimientos comerciales que ofrecían bienes de producción local a la vera de la Ruta 36 (los denominados “carritos”) y la recuperación del antiguo hotel, que pasó a denominarse Hotel Pi-

² Según registros censales (Indec, 1991, 2001, 2010), la cantidad de habitantes de la localidad para el año 1991 era de 1.172, para el 2001, 1.020 y para el 2010, 954.

pinas, a cargo de la cooperativa de trabajo Pipinas Viva, como apuesta a la actividad turística en la localidad.

Imagen 3. Carritos de la Ruta 36



Fuente: Registro de campo (2017).

Imagen 4. Hotel Pipinas



Fuente: Registro de campo (2017).

Por su parte, los gobiernos provincial y nacional incorporaron a Pipinas a algunas de sus políticas. En el año 2013 la Provincia la incluyó en el programa Pueblos Turísticos, iniciativa pensada para promover la actividad turística en pequeñas localidades. El requisito para la inclusión de las mismas dentro de este programa es que sean poblaciones rurales que cuenten con menos de 2 mil habitantes. En la actualidad la intervención de Pueblos Turísticos en Pipinas está vinculada a la colocación de señalética en los accesos y en las calles internas para dar cuenta de su pertenencia al programa.

Imagen 5. Señalética informativa del programa Pueblos Turísticos, Ruta 36



De esta reseña puede concluirse que Pipinas atravesó por tres momentos diferentes: un período de auge dado por el crecimiento de Corcemar, con una modalidad de tipo paternalista en la relación empresa-territorio; un período de crisis, producto del cierre de la empresa; y un momento —actualmente en desarrollo— en el que convergen diferen-

tes acciones e iniciativas de distintos actores, que se gestaron como respuesta a esa coyuntura crítica.

Supuestos teóricos

En este apartado se presenta una definición de desarrollo desde la perspectiva territorial. ¿Qué quiere decir esto? Una buena forma de plantearlo es partir de aquellas concepciones de las cuales aquí se toma distancia: aquellas que homologan desarrollo con crecimiento económico. Este tipo de lecturas se encuentran, por ejemplo, en los documentos de planificación de organismos regionales que proponían “determinar las metas específicas del desarrollo económico y establecer un orden de prioridades en su realización” (Furtado citado en Marinho, 1988, p. 13).

El horizonte de generar procesos de industrialización fue el contexto en el que se difundieron estas lecturas sobre el desarrollo: “el camino del desarrollo propuesto por la CEPAL venía unido a la idea de elevación de la productividad en toda la fuerza de trabajo” (Marinho, 1988, p. 20). En esta línea, debían ser superadas las limitaciones estructurales propias de las economías especializadas en producción primaria de baja complejidad, pues de lo contrario no habría oportunidad de generar el cambio necesario. La propuesta de la Cepal se basaba en un diagnóstico según el cual era necesaria la superación de los bloques estructurales para dar lugar a nuevas estructuras económicas de productividad homogénea: “es necesario actuar sobre los términos de intercambio, de manera de cambiar las relaciones centro-periferia. Si estas no se modifican se genera una relación de dependencia que afecta toda tentativa de desarrollo” (Arocena y Marsiglia, 2017, p. 103).

El campo teórico fue dominado hasta los años setenta por una perspectiva estructuralista de sesgo keynesiano. Entonces entró en crisis el paradigma del Estado como promotor de la industrialización a partir de la concentración del rol de dinamizador del desarrollo industrial, articulado con una política de equilibrio comercial y la intervención en términos de seguridad social (Ocampo, 2008).

Una línea crítica a este modelo provino de la escuela neoinstitucionalista, que propuso un enfoque basado en la desregulación del Estado, cuestionando así la centralidad en su nivel nacional como promotor del desarrollo y coordinador social. Las ideas postuladas por esta corriente convergieron en el Consenso de Washington de fines de los años ochenta, que impuso, entre otras políticas, control del gasto público, disciplina en la política fiscal para evitar grandes déficits, privatización de empresas públicas, reforma tributaria y traspaso de áreas como salud y educación a niveles subnacionales de gestión.

En los noventa comienza a darse un cuestionamiento cada vez mayor al papel del Estado como gestor y promotor de acciones de desarrollo. Esta crítica fue coronada con el diseño de contrapropuestas insistentemente vinculadas a la descentralización de las funciones estatales, acompañadas por una concepción que ponía en el centro de la escena la gestión desde lo local, escala que cobra relevancia y se torna objeto de planificación:

Comienza a postularse que las diferencias no son estructurales sino que dependen de la propia historia de los sistemas y su relación con el contexto. De este modo adquiere un lugar sustancial el tema de la innovación, como la posibilidad de generar la complejidad del sistema y desplegar su capacidad endógena, pero siempre en relación con un entorno con el cual interactuar en términos del intercambio de conocimiento y permitiendo a su vez el establecimiento de redes. Para muchos teóricos, el lugar de realización de esas redes es el territorio (Chain, 2012, p. 16).

El mismo autor repone dos corrientes teóricas sobre el fenómeno del desarrollo local en Latinoamérica: los trabajos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) y las recomendaciones de políticas del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Banco Mundial. En este período el paradigma del desarrollo local o del crecimiento endógeno, se vuelve moneda corriente, vinculando a

la planificación estatal basada en la participación de la comunidad en el diseño e implementación de políticas de desarrollo.

Para López (2015), los preceptos subyacentes en los modelos de planificación del desarrollo local, que promueven los organismos internacionales de crédito para superar la crisis y/o generar desarrollo, tienden a perpetuar el orden establecido y la lógica mundial de división del trabajo, y así promueven la hegemonía de los países pretendidamente desarrollados sobre los subdesarrollados. En este sentido también se expresa David Harvey: “el cordón umbilical que une la acumulación por desposesión y la reproducción ampliada es el que está dado por el capital financiero y las instituciones de crédito, respaldado, como siempre, por los poderes del Estado” (2003, p. 152). Las estrategias de intervención propuestas por estos organismos crediticios fueron fórmulas unívocas para el desarrollo, cuyo sustrato conceptual y metodológico implica identificarlo directamente con la lucha contra la pobreza, que dan lugar a prácticas asistenciales focalizadas compatibles con el ajuste estructural y reducen los vínculos sociales a relaciones mercantiles (López, 2015; Coraggio, 2009).

En esta dirección, la Cepal ha formulado estrategias de intervención para el desarrollo local en comunidades latinoamericanas con el fin de “promover el crecimiento económico de las sociedades locales de la región, a partir de la consolidación de factores de competitividad en el mercado local y regional” (Cepal, 1999, p. 35).³

³ El pensamiento de la Cepal frente a estas cuestiones ha variado en función de las coyunturas; en otros documentos muestra una interpretación más integral del desarrollo, es decir, no exclusivamente económica. Por ejemplo, en un documento del año 2013 el Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES) aborda el fenómeno del desarrollo territorial a partir de una variedad de factores que van desde la infraestructura física, que se identifican como más tradicionales, formas empresariales y productivas, y aquellas corrientes que incorporan nuevos factores como las relaciones de confianza, la creatividad, la cultura, la identidad y la resiliencia (Riffo, 2013).

Por el contrario, aquí se plantea que crecimiento económico no es homologable a desarrollo, ya que existen otras dimensiones —no exclusivamente la económica o material— que deben ser tenidas en cuenta para pensar dinámicas de desarrollo territorial (Casalis, 2008). Por eso se considera oportuno retomar la categoría de desarrollo territorial con el objeto de recuperar la complejidad de las relaciones, articulaciones, conflictos y dinámicas de poder que se establecen en los territorios (García, 2010). Asimismo, se estima que es el concepto adecuado para dar cuenta de un proceso de acumulación integral en una comunidad a partir de las vinculaciones que establecen entre sí los actores. Con “acumulación integral” se alude a los intercambios políticos, económicos, sociales, culturales, institucionales, que son parte constitutiva de cualquier territorio, y que en este trabajo se identificarán como instancias de acumulación material e inmaterial, es decir instancias de intercambio que incrementan cuantitativa y/o cualitativamente algún tipo de capital.

Se parte de pensar al territorio como proceso complejo, cristalización de dinámicas materiales y simbólicas de las que se quiere dar cuenta a partir de la propuesta de trabajar con el concepto de desarrollo territorial. Al decir “complejo” se está poniendo de manifiesto el hecho de que existen actores que se articulan entre sí y esto debe ser relevado en el trabajo. Complejidad y articulación son dos caras de la misma moneda: “me voy a referir al origen latino de la palabra *complexus*, lo que está tejido conjuntamente. El conocimiento complejo intenta situar un objeto en el tejido al que está vinculado” (Morín citado en Arocena y Marsiglia, 2017).

Se entiende que es en esas vinculaciones e intercambios donde se gestan y se fortalecen las dinámicas de desarrollo de las que participan los actores territoriales. Estas no se producen como resultado de un proceso natural sino que necesitan ser construidas socialmente, lo que implica poner en disputa el sentido conceptual y político de lo que se definirá como desarrollo en la práctica concreta y en el

intercambio material e inmaterial entre los actores. Es allí donde se centrará la mirada.

Pensar el desarrollo territorial desde una concepción integral amerita aprehender su inherente multidimensionalidad: abordar sus dimensiones social, económica, política, institucional, cultural y espacial.

Aportes teóricos para la propuesta metodológica. ¿Qué tipo de territorio se estudia?

La propuesta en este apartado consiste en delinear algunas características del territorio no solo como categoría teórica, sino también con perspectivas de sentar las bases que posteriormente servirán para operacionalizar el relevamiento de datos en el trabajo de campo, atendiendo a estas particularidades.

En este trabajo se adhiere a las corrientes que conciben al territorio como un producto de interrelaciones sociales que involucran intereses, conflicto, poder, dominación, disputa de sentidos, iniciativas contra-hegemónicas; que lo entienden como producto de relaciones sociales históricas y como parte de un proceso dialéctico conformado por un entramado de relaciones que lo modifican y, a la vez, son modificadas por él (Laurelli y Finquelevich, 1990).

Estas definiciones ponen de manifiesto la constitución conflictiva y relacional del poder que atraviesa al territorio y lo constituye. Dichos supuestos se encuentran en desarrollos teóricos de la década de 1960. Giuseppe Dematteis (1967) reconoce que las interacciones territoriales son transescalares y se construyen en un proceso en el cual intervienen diferentes lugares y personas. En línea con esta idea es posible afirmar que no hay territorio sin una trama de relaciones sociales: ello significa relaciones y redes, articulaciones territoriales o tramas transescalares (Dematteis, 1985). El territorio es un constructo social que indica una realidad material que resulta de las relaciones sociales y de las relaciones sociedad-naturaleza.

El territorio no hace referencia exclusivamente a un área geográfica o a una circunscripción político-administrativa, sino más bien a

una articulación productiva, redes sociales y económicas, coaliciones sociales, instituciones y construcción de cierto sentido de pertenencia a una localidad determinada (Marsiglia, 2009).

En sintonía con ello se encuentran enfoques recientes como el de Mabel Manzanal (2007), que indica que estudiamos territorios de la globalización, de la descentralización y de la modernidad.

Se estudian territorios de la globalización en cuanto instancias en las cuales se condensan procesos de vinculación global económica, social, política o cultural. Esto quiere decir que los territorios están atravesados por lógicas globales, lo que no debe hacer perder de vista los atravesamientos territoriales en el nivel local y regional. Lo importante aquí es recuperar las huellas de lo global en las interrelaciones que tejen los actores.

En suma, que sean territorios de la globalización implica que son instancias de síntesis de dinámicas globales y espacios de intervención de agentes multiescalares. Un ejemplo de esta dinámica, en el caso de estudio, es la adquisición y cierre de Corcemar a manos de un gran grupo económico, como parte de sus estrategias de competitividad global.

Se estudian también territorios de la descentralización. Esto por una cuestión histórica: durante las últimas dos décadas del siglo pasado, Latinoamérica asistió a procesos de descentralización de funciones estatales desde el nivel nacional a instancias provinciales o municipales.

En Argentina este proceso tuvo lugar a partir de las llamadas reformas de segunda generación durante la década de 1990 y sucedió en un contexto donde se buscaba reducir el gasto nacional y equilibrar los saldos deficitarios de las cuentas públicas. No obstante, este traslado de funciones no contó con el acompañamiento necesario de fondos para hacer frente a las nuevas responsabilidades por parte de las instancias subnacionales, que entonces veían en su órbita de gestión nuevas funciones, vinculadas principalmente a la salud y la educación.

El argumento que imperó para llevar adelante el traspaso de funciones fue de tipo financiero. Es importante tener presente este contexto, ya que la localidad que se estudia aquí es parte de un municipio que se constituyó como tal en 1995, al calor de las reformas señaladas.

A su vez, se estudian territorios de la modernidad. La modernidad implica que lo local se impregna de lo global: la presencia de lo universal en lo local (Touraine, 2005) es un aspecto a tener en cuenta para pensar el desarrollo territorial en una localidad. A partir de los procesos de globalización y descentralización se dan situaciones de contraposición de conflictos, sentidos en disputa, tensiones sociales, que encuentran en la constitución de sujetos colectivos una modalidad de expresión y de lucha. En estos territorios operan actores con intereses y búsquedas que se contraponen o se complementan, generando territorialidades que reconstituyen al territorio en un proceso circular y dialéctico, de permanente transformación. Estas expresiones encuentran en distintos sujetos y actores formas de resistencia y de acción contrahegemónica (Touraine, 2005), con capacidad para gestar respuestas locales a procesos hegemónicos globales, buscando construir otra realidad en los lugares donde viven. Santos (1996) afirma que los territorios posibilitan luchas que abren oportunidades centradas en la búsqueda de otras instituciones que implican otras formas de regulación de la realidad, otros esquemas, otras cosmovisiones. Ejemplo de esto en Pipinas es la recuperación del hotel del pueblo mediante una cooperativa de trabajo.

Silveira plantea también una caracterización del territorio que permite entenderlo en su historicidad. Lo piensa como instancia donde se condensan acciones que han tenido lugar en el pasado o que son llevadas a cabo en el presente: “cada acción le confiere actualidad al territorio (...) y por ello es una permanente reconstrucción de las cosas y las acciones” (2011, p. 3). El territorio no puede ser pensado exclusivamente en términos económicos, sino que debe ser comprendido como un híbrido entre materialidad y vida social. La autora lo plan-

tea, entonces, como la instancia de síntesis donde conviven dinámicas temporales: acciones del pasado y del presente que se actualizan permanentemente en la formación territorial, “la acción contiene en su intencionalidad una idea de futuro y el territorio se vuelve un híbrido de pasado, presente y futuro, materialidad y acción” (p. 6).

Sumado a la temporalidad, el territorio es expresión de espacialidad. Nuevamente es Silveira (2011) quien expone este aspecto señalando las distintas escalas de manifestación: el lugar, el país y el mundo. Ninguna de ellas puede pensarse aisladamente ya que su existencia es relacional. La visibilidad de las fronteras entre cada instancia espacial es producto de la selección que realiza el investigador que estudia el territorio. Milton Santos (1996) señala que es preciso definir la especificidad de cada formación espacial, no tanto como mecanismo de identificación por contraposición a las demás, sino más bien como forma de construir una coherencia metodológica que permita la recolección de datos del nivel espacial que al investigador le interesa.

Asimismo es necesario poner de manifiesto una característica del territorio que es fundamental para esta investigación: como síntesis de temporalidades, el territorio tiene la posibilidad de condensar dinámicas en tiempos distintos en un mismo proceso de territorialización. ¿Qué significa esto? Que el territorio está en continua realización y *re-realización*, que los actores que operan en y sobre él dejan huellas que perviven y los trascienden, y que contribuyen a la elaboración de nuevos procesos territoriales atravesados por temporalidades pasadas.

El territorio estudiado es, también, constituido identitariamente. Esta característica cobrará especial relevancia en la investigación, ya que se analiza cómo Pipinas está atravesada por una construcción identitaria particular, que también sirve para poder comprender las temporalidades que condensa el territorio.

En esta instancia es interesante recuperar las reflexiones de Arocena (1988), quien señala que en todo territorio existe una sociedad local, término que utiliza para referirse al conjunto de actores que se

involucran recíprocamente en vínculos materiales o simbólicos a lo largo del tiempo. Para que este concepto pueda tener aplicación se deben dar ciertas condiciones expresadas en dos niveles: socioeconómico y cultural.

Una sociedad local es aquella en la cual el conjunto de relaciones socioeconómicas es de naturaleza local (lo que no excluye la posibilidad de generar vínculos extralocales); esto quiere decir que la producción de riqueza —o parte de ella— debe darse en la localidad e implicar relaciones entre sus actores. Por otro lado, toda sociedad local construye una dimensión identitaria: cada individuo se reconoce parte de un conjunto bien delimitado, “la expresión `yo soy de´... expresa pertenencia a una comunidad determinada, que se caracteriza por conductas colectivas aceptadas, valores, normas, creencias generadas y transmitidas de generación en generación” (Arocena y Marsiglia, 2017, pp. 53-54). Hablamos de sociedad local, entonces, cuando el conjunto de actores territoriales comparte rasgos identitarios comunes, mostrando una manera de ser particular que la distingue.

Este componente identitario encuentra su máxima expresión colectiva cuando se plasma en un proyecto común, no necesariamente en términos de planificación institucional, sino también evocando un horizonte compartido como comunidad. Esto último se visualiza en Pipinas a partir de iniciativas de colectivos que las llevan adelante de manera colaborativa. Para mencionar algunas que serán retomadas oportunamente: el museo a cielo abierto, murales, fiestas locales.

Lo que resulta interesante es entender al territorio como instancia misma de vínculos sociales en distintas escalas temporales y espaciales, como producto de dinámicas de conflicto y de poder territoriales. En este sentido Arocena y Marsiglia (2017) también proponen trabajar con el concepto de escala conceptual, marcando una diferenciación con la categoría de escala técnica que remite a cuantificar el nivel de abstracción con el que se trabaja (por ejemplo, las escalas señaladas en la cartografía). Entienden por escala conceptual la configuración ana-

lítica con la que se estudiarán las dimensiones territoriales que hacen al desarrollo; según en cuál de ellas se haga foco, aparecerán diferentes niveles y combinaciones posibles de temporalidades. Esto lleva a Reboratti a hablar de encrucijada de escalas, que obliga a buscar “los puntos de contacto y las explicaciones cruzadas, un proceso circular que debería ir poco a poco permitiéndonos eliminar el ruido de los fenómenos y acontecimientos con menos significado para centrarnos en los que sí lo tienen” (2001, p. 11).

Esto permite concluir que las escalas son construcciones sociales pero basadas en la existencia concreta de sistemas interrelacionados que tienen dimensiones, temporalidades y dinámicas diferentes (Arocena y Marsiglia, 2017).

Apuntes analíticos sobre desarrollo territorial

Hasta ahora se ha hecho un recorrido que comenzó señalando lecturas que ejemplifican la mirada predominante sobre el desarrollo. En primer lugar, aquella vinculada al crecimiento económico a partir de la planificación estatal o de algún organismo internacional. Luego se plantearon algunas caracterizaciones del territorio como categoría analítica, que permitirán organizar metodológicamente la investigación. La propuesta es continuar este camino con una exploración sobre autores que han estudiado el desarrollo territorial, cuyas lecturas se encuentran en línea con las cualidades del territorio señaladas anteriormente y que serán de utilidad para identificar y delimitar las dimensiones con las que se abordará el trabajo empírico.

Para Magri y Rodríguez (2017) es importante entender el desarrollo territorial a partir de los procesos de transformación productiva y cambio institucional: el primero de ellos como resultado de la introducción de innovación en los procesos productivos, mientras que el segundo resulta de la capacidad de los actores de conformar coaliciones para la construcción de proyectos colectivos perdurables en el tiempo. Estos elementos obligan a adoptar una perspectiva que

considere la interacción entre los actores, tanto con relación a las actividades productivas como en el intercambio y construcción de capital simbólico. Las coaliciones hacen posible que se genere un ambiente de intercambio de saberes y de fortalecimiento de la socialización como resultado de un proceso de interacción.

La interrelación entre los actores es también importante para Arocena y Sutz (2000), quienes denominan procesos de aprendizaje a instancias de reunión de personas para la resolución de problemas a partir de la interacción entre ellos, proceso en el cual se aplica, intercambia y crea conocimiento. Por su parte, Scott y Storper (2003) señalan que la promoción de la acción colectiva en los territorios por medio de la creación de espacios públicos donde diversos individuos se encuentran e intercambian, es fundamental para el desarrollo territorial.

Arocena y Marsiglia (2017) indican que el concepto de desarrollo territorial se ha vuelto superador del de desarrollo local, ya que da cuenta de la diversidad en la pluralidad: al utilizar el plural “los territorios” reconocen que cada territorio posee sus particularidades pero que todos comparten características comunes que los hacen territorios modernos.

García (2010) sostiene que al analizar dinámicas de desarrollo territorial es menester identificar las relaciones conflictivas que constituyen el territorio, que deben ser observadas en los vínculos que los distintos actores territoriales construyen entre sí. Estos actores son los sujetos que de alguna manera intervienen en la localidad generando procesos de territorialización, entendiendo por ello a las acciones que modifican al territorio y lo reconfiguran permanentemente, y son a la vez reconfiguradas por él, en un ejercicio dialéctico.

Cravacuore (2006) propone el estudio de determinados actores a los que considera imprescindibles en un abordaje analítico del desarrollo territorial: unidades productivas, unidades educativas, organismos estatales en el territorio y residentes de la localidad que puedan reponer la historia del lugar. Son actores cuyas construcciones de sen-

tido pueden echar luz sobre las dinámicas de desarrollo a través de la complejidad de los vínculos entre ellos. Según este autor, la importancia reside en la posibilidad de que estas vinculaciones entre los actores abran paso a un proceso de sinergia territorial, entendida como la construcción colectiva de dinámicas de acumulación ampliada, es decir, no exclusivamente económica.

De acuerdo con esta argumentación, se vuelve indispensable definir qué es un actor territorial. Una discusión que puede resultar esclarecedora para este punto es la que retoma Arocena (citado en Arocena y Marsiglia), quien señala que bajo la fórmula “actor local entendemos todos aquellos agentes que en el campo político, económico, social y cultural son portadores de propuestas que tienden a capitalizar mejor las potencialidades locales” (2017, p. 12). A criterio del autor, en esta definición es fundamental el acento puesto en la expresión “capitalizar mejor”, ya que se trata de buscar un mayor aprovechamiento de los recursos, pero destacando la “calidad de los procesos en términos de equilibrios naturales y sociales” (p. 12).

También es menester compartir una definición de territorialización: se entiende por tal al proceso de intervención material o simbólica de cualquier actor en el territorio. Esta elaboración responde a la identificación que realiza Raffestín (citado en Haesbaert, 2013) de las dos caras del territorio: como expresión material y como contenido simbólico. Propone esta distinción para argumentar a favor de la idea según la cual el territorio es producido por el hombre, noción que evidencia su aspecto relacional. Es posible complementar esta lectura con la de Montañez y Delgado (1998) quienes sostienen que es necesario analizar los procesos de construcción de territorialidad desde una perspectiva espacio-temporal, de manera tal que puedan recuperarse los efectos sobre el territorio de dinámicas de distintas temporalidades. Entonces, se entenderá por proceso de territorialización a las acciones de los actores que de alguna manera intervengan en el territorio (según la definición aportada del mismo) alterándolo en su forma o en su contenido.

Por su parte, se identifica como actores territoriales a las personas, instituciones, unidades productivas, el Estado mismo, que articulan de alguna manera entre sí, fundando constantemente procesos de territorialización que resultan en acumulación de algún tipo para la comunidad. Caracterizar estas dinámicas nos ayudará a entender las del desarrollo territorial como proceso comprendido por instancias de acumulación social, política, institucional, cultural, económica y/o espacial.

Interesa complementar esta propuesta con la de Coraggio (2003) para pensar al desarrollo territorial como la puesta en marcha de un proceso dinámico de ampliación de las capacidades locales con el fin de mejorar sostenidamente la calidad de vida de la población. Esto incluye componentes económicos (trabajo productivo, ingreso, satisfacción de necesidades, suficiencia y calidad de los bienes públicos), componentes sociales (integración en condiciones de creciente igualdad de oportunidades), componentes culturales (pertenencia e identidad histórica), componentes políticos (transparencia y legitimidad de las representaciones, mediaciones institucionales de los conflictos territoriales, decisiones colectivas).

Asimismo es interesante dar cuenta del enfoque de desarrollo territorial con que algunos organismos intervienen en espacios rurales a partir de un proceso de planificación orientada hacia las particularidades de cada comunidad. En este caso se retoma la perspectiva del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), que define al desarrollo territorial como un

proceso implementado por los propios actores del territorio, que procura fortalecer las capacidades locales y aprovechar los recursos propios y externos para consolidar el entramado institucional y el sistema económico productivo local, con el propósito de mejorar la calidad de vida de esa comunidad (INTA, 2007, p. 3).

En el mismo documento se ofrece una lectura basada en la interpretación que hace Marcelo Sili (2005) del desarrollo territorial en

áreas rurales: lo identifica con situaciones que al combinar innovación y diversificación productiva hagan de la localidad un área competitiva; también con dinámicas de fortalecimiento del capital social y cultural con vistas a generar sentido de pertenencia a la comunidad y reducir los niveles de desigualdad; y con servicios, infraestructura y equipamiento eficiente para el desarrollo económico y el mejoramiento de la calidad de vida de las personas. La estrategia apunta a la promoción de desarrollo teniendo presente, entre otros elementos territoriales,⁴ la multidimensionalidad. Es a partir de esto que se entiende al desarrollo territorial como proceso en el cual convergen distintas dimensiones, que en el documento citado se resumen como económico-productiva —que apunta a generar competitividad en todas las actividades que se llevan adelante en la localidad—, sociocultural —fortalecimiento de la identidad y del capital social del territorio como camino hacia la equidad en la distribución de recursos—, político-institucional —capacidad de promover una gestión democrática asegurando a todas las personas instancias de participación para la toma de decisiones colectiva, lo que se ve reflejado en la generación de consensos y articulaciones entre los distintos actores de la comunidad—.

En este capítulo se sostiene que todos estos factores retomados de las distintas perspectivas no son prerequisites para el desarrollo territorial; si así fuese se estaría construyendo un parámetro de lo que se entiende por desarrollo y el aporte de este trabajo sería una comparación entre ello y lo que se encontró empíricamente. Esto correría el riesgo de resultar un estudio que remite más bien a una evaluación valorativa en términos de la cercanía o lejanía de los procesos de la realidad estudiada con respecto a un modelo preestablecido. Lo que en realidad se pretende aportar es un análisis de las dinámicas de de-

⁴ Los elementos que se mencionan en el documento son: participación social, la multidimensionalidad, la multisectorialidad, la visión de una economía de territorio, búsqueda de una mayor coincidencia institucional (INTA, 2007, pp. 5-6).

sarrollo territorial en Pipinas a partir de su propia complejidad y no en comparación con un modelo establecido a priori.

Hasta aquí se realizó una aproximación conceptual al objeto de estudio seleccionado, que permite sustentar la construcción de las herramientas metodológicas con las que se lo aborda. Estas deben ser lo suficientemente efectivas como para permitir recabar datos en línea con las particularidades del territorio, siempre atentos a dinámicas o datos de la realidad emergentes del trabajo de campo.

En suma, a la luz del desarrollo teórico y conceptual propuesto al comienzo de este apartado, es posible explicitar que el objeto de estudio de esta investigación son las dinámicas de desarrollo territorial entendidas como instancias de acumulación política, institucional, cultural, social, económica, espacial, a las que se estudia a partir de las articulaciones que existen entre los actores territoriales de Pipinas, ya que se asume que en esas vinculaciones se dan los procesos de acumulación descritos, entendidos como procesos de fortalecimiento de los actores locales en términos económicos, sociales o políticos.

Abordaje metodológico

El abordaje metodológico de esta investigación resulta de la articulación de dos conceptos operacionales. El primero es el de trama de valor, que posibilita aproximarse al análisis de las interrelaciones entre los actores. El segundo, las dimensiones del desarrollo territorial, que permiten clasificar las dinámicas de acumulación material e inmaterial.

Asimismo, se adopta el abordaje analítico planteado por Potoko (2013), quien propone el análisis del territorio desde tres perspectivas. La primera lo entiende como un objeto de contemplación, lo que remite a la observación directa y al análisis de las fotografías tomadas allí para poder analizar cómo fue transformándose; esto, según el autor citado, permite observar el territorio horizontalmente. En segundo lugar, se considera al territorio un objeto de interpretación a través de la car-

tografía y las imágenes satelitales, que habilitan una visión con mayor grado de abstracción, inabordable con la observación directa; el autor entiende a esta instancia como de observación vertical. Finalmente, el territorio como construcción social refiere a la amplia gama de actores que han dejado su huella en el paisaje. Esta arista del análisis recupera la perspectiva temporal que fue abordada fundamentalmente a partir de entrevistas a informantes calificados.

La importancia de estudiar la trama de valor para analizar las articulaciones entre los actores del desarrollo territorial

Tal como se ha venido argumentando, este trabajo encuentra su fundamento en la noción de territorio como un proceso dinámico en el tiempo y en diferentes escalas, que recupera vinculaciones conflictivas, relaciones de poder y prácticas de apropiación. Se considera que esta concepción dinámica e integral del territorio —y concretamente del desarrollo territorial— puede ser pensada a partir del concepto de trama de valor elaborado por Caracciolo (2014)⁵ para tener en cuenta el valor agregado que generan emprendimientos de la economía social en términos no solo materiales o económicos, sino también inmateriales, culturales, simbólicos, ambientales y políticos. La autora subraya que, si bien la propuesta es que estas tramas se desarrollen entre los actores locales, es fundamental también tomar en consideración las vinculaciones con actores de otras localidades de manera tal que, en un principio, se tome la ventaja que implica la proximidad física de los sujetos locales pero sin perder de vista que la relación con actores de otras localidades puede generar una vinculación en el nivel regional en torno a un proyecto colectivo de construcción de poder.

Así, la trama de valor está constituida horizontalmente por el conjunto de emprendimientos relacionados entre sí, de manera vertical

⁵ Propone este concepto para diferenciarlo de cadena de valor y cluster, ya que entiende que estos últimos ponen énfasis en la dimensión económica del desarrollo.

por los intercambios entre las distintas instancias del proceso productivo y en diagonal por los servicios de apoyo técnico y financiero. Todos estos actores entramados entre sí construyen el territorio.

Resulta pertinente aclarar que la autora desarrolla el concepto de trama de valor pensando en las vinculaciones que se generan entre los distintos actores en el territorio, donde al menos uno de ellos es un emprendimiento de la economía social. Si bien en la localidad estudiada existe al menos un emprendimiento de este subsector económico — el Hotel Pipinas, en cuanto cooperativa de trabajo—, la importancia que reviste para esta investigación la noción de trama de valor está más asociada al abordaje territorial propuesto que al requerimiento de que haya un emprendimiento de la economía social en el territorio. Esto quiere decir que en el concepto de trama de valor se encuentra la posibilidad de identificar procesos de acumulación política, social, cultural, institucional y económica.

En este sentido, es útil en términos metodológicos, ya que permite echar luz sobre distintas dimensiones en las vinculaciones entre los actores que responderían a lógicas de acumulación no exclusivamente económicas, lo que hace posible describir dinámicas de desarrollo territorial en Pipinas. Es por eso que, al plantear los resultados del trabajo, se volcarán una serie de reflexiones y análisis elaborados en torno a este concepto.

Dado que la trama de valor encierra articulaciones horizontales, verticales y en diagonal, se pone en evidencia la necesidad de pensar en distintos actores intervinientes en el territorio y las vinculaciones que existen entre ellos, que permiten ponderar sus conocimientos y reconocer su interacción. Esto se encuentra en sintonía con la idea de Manzanal (2008) que rescata la importancia de las articulaciones y la construcción de redes sociales entre los actores del territorio, y su potencial capacidad de gestación de un nuevo proceso de desarrollo.

En síntesis, en función de estas reflexiones es posible concebir un proceso de desarrollo territorial integral multidimensional, partiendo

de un enfoque de territorio que lo entiende como un elemento cuyo rol es activo y estructurador de los procesos sociales (Massey, 2009).

La idea del desarrollo territorial como fenómeno multidimensional propone abordar las dinámicas de acumulación —materiales e in-materiales— que se dan a partir de las articulaciones que construyen los actores territoriales entre sí. En este sentido, se proponen cuatro dimensiones: político-institucional, socioproductiva, simbólico-identitaria y espacial. No se profundizará en las distinciones entre ellas, ya que aquí interesa recuperar las dinámicas de desarrollo territorial en Pipinas que se dan alrededor de lo que implicó para la localidad la planta Corcemar, posteriormente adquirida por Loma Negra, y el cierre definitivo y cese de su actividad.

Dimensión simbólico-identitaria del desarrollo territorial

Esta dimensión remite a todos los dispositivos culturales que interpelan a los actores de la comunidad desde la historicidad de Pipinas, su construcción identitaria y su pertenencia. En esta línea, se apela a las construcciones que distintos actores de la localidad elaboran sobre el “ser pipinense”, que desde los primeros diálogos con los entrevistados proporcionaron algunas pistas para construir esta dimensión y la dotaron de importancia. La intención es recuperar a partir de este eje simbólico identitario la conformación de la localidad en su historicidad, y cómo, tomando como punto de partida ciertos elementos territoriales presentes, se apela a un pasado que sigue operando y a un futuro que hoy en día se construye en las representaciones de los propios individuos sobre el horizonte deseado como comunidad.

¿Por qué es necesario abordar la dimensión simbólico-identitaria en un estudio sobre desarrollo territorial? Porque, como se verá, la intervención de varios actores en la historia del pueblo ha servido para generar articulaciones entre ellos, que están vigentes y operan en el sentido descrito anteriormente sobre la capacidad de acumulación

cultural-identitaria. Y porque la apropiación de los significantes y la elaboración de los significados entrarán en conflicto según qué actor se mire. Ese encuentro conflictivo también es parte de una dinámica de desarrollo, pues en ese choque de significados se plantean y replantean instancias de realización social, de forma tal que no se presentan interpretaciones monolíticas, hecho que enriquece la dinámica de desarrollo territorial.

Por otro lado, es importante retomar lo que Arocena y Marsiglia (2017) llaman la identidad territorial para entender que cada proceso de desarrollo es único, donde lo fundamental no es el punto de llegada transformado en modelo sino el punto de partida. Este enfoque pondrá en evidencia los perfiles regionales específicos que a lo largo de la historia fueron generando una identidad territorial cuyos rasgos son compartidos por los habitantes de la localidad. Los autores señalan que el éxito de un proceso de desarrollo dependerá de la capacidad de los actores para tomar en consideración esos perfiles: “no hay proceso de desarrollo territorial si no se tienen en cuenta los condicionantes que vienen del pasado” (Arocena y Marsiglia, 2017, p. 96). En este punto corresponde relativizar esta lectura, advirtiendo que no se entenderá necesariamente a ese pasado como condicionante, sino que interesará recuperar la complejidad que encierra esa historia en tanto formas construidas que operan sobre la elaboración de un horizonte, compartido o no, hacia el cual se quiera orientar la comunidad.

Los autores sostienen que la crisis de identidad territorial es la base de las crisis de desarrollo; en este sentido la propuesta es, entonces, explorar si esa identidad es construida y resignificada en forma armónica por los distintos actores de Pipinas y de qué manera entran en vinculación entre sí a partir de dicha identidad.

Resultados

Como ya se señaló, el trabajo busca recuperar aquellas dinámicas de desarrollo territorial que se gestaron alrededor del fenómeno Cor-

ceamar/Loma Negra en relación con su actividad productiva en Pipinas.

En el año 1938 se instaló en esta localidad la tercera planta de la Corporación Cementera Argentina SA (Corcemar)⁶ aprovechando los yacimientos de conchilla de la región para la producción de cemento. La fábrica se volvió una fuente de trabajo inagotable para los pipinenses y residentes de localidades próximas. La gerencia de la planta instaló en el pueblo la primera bomba de agua potable y proveyó de energía eléctrica a las pocas casas que había entonces. A partir del crecimiento no solo de su planta de trabajadores/as sino también de la localidad, con la instalación de la fábrica se llevó a cabo la construcción de viviendas para las familias de los empleados, construcciones a cargo de Corcemar, que fueron facilitadas a los trabajadores por medio de créditos que la misma empresa les otorgaba.

Además construyó un club de fútbol, un salón de actos y una enfermería en el interior de la planta, que hacía las veces de unidad sanitaria del pueblo.

En resumen, Pipinas fue adquiriendo una dinámica como localidad al calor del crecimiento de Corcemar. La fábrica logró imprimir en el pueblo un sentido de identidad que es una referencia ineludible al abordar esta dimensión. Ningún testimonio en las entrevistas deja de hacer referencia a ella y, sobre todo, al momento bisagra, que se identifica de manera unánime en todos los relatos con el cierre de la fábrica a principios de la década del 2000. La empresa había sido adquirida diez años antes por el grupo Loma Negra, a partir de entonces experimentó una reconversión productiva que la orientó hacia la producción de cal y ya no de cemento, y con ello se produjo también un achicamiento progresivo de su planta de trabajadores.

El objetivo de este apartado es mostrar que en Pipinas la construcción identitaria se ha organizado alrededor de la fábrica Corcemar como “alma” de la localidad. Se analizan las articulaciones que se

⁶ Las otras dos habían sido radicadas en Córdoba y Mendoza.

producen entre los actores alrededor de la evocación de lo que fue la fábrica y cómo esta opera en las vinculaciones actuales entre ellos, de manera tal que sea posible avanzar hacia una caracterización de las dinámicas de acumulación que se dan desde la lógica simbólico-identitaria en la localidad.

Un gigante. Cenizas del recuerdo

Como ya se mencionó, ninguno de los entrevistados y entrevistadas pasó por alto la referencia a Corcemar y lo que significaba para la localidad. José, ex trabajador de la fábrica, decía al respecto: “La fábrica era esto [señalando el centro de un mandala que tiene sobre la mesa], el centro. Todo giraba en torno a la fábrica (...) todo se movía ahí. La fábrica... yo no sé... para mí que parecía ser que todos pertenecíamos a la fábrica”. Ana, ex residente de Pipinas, afirmaba que “nadie va a decirte otra cosa de Corcemar, fijáte vos que acá, al pueblo, a Pipinas, le decíamos Corcemar, barrio Corcemar”. A partir de estos relatos se observa la vinculación que los pipinenses construyeron con la fábrica: no solo quienes estaban empleados en ella sino también el resto de los residentes de la localidad, como Ana, sentían una “pertenencia” a Corcemar. Esto puede explicarse a partir de lo que la fábrica generaba en el pueblo. Quizás aquí resulte ilustrativo el relato de Antonio, donde identifica a la fábrica con el centro de una circunferencia y señala que todo giraba en torno a ella. Pero, en concreto, ¿qué era ese “todo” que giraba a su alrededor?: la dinámica laboral junto con la social, ya que la empresa no solo se tornó rápidamente en una gran fuente de empleo tanto para Pipinas como para las localidades aledañas, sino que también marcaba el ritmo social de la comunidad: “mirá, esto que vamos a ver acá... mirá, ves que dice ‘Boletín Corcemar’. Esto lo hacía la fábrica”, indica Antonio.

El Boletín Corcemar era una publicación mensual que diseñaba y editaba la propia fábrica, en el que se volcaba información rela-

tiva a eventos, celebraciones, fallecimientos, todas situaciones que de alguna manera estaban vinculadas a la fábrica o a sus empleados. Es relevante destacar que esta publicación nucleaba información de las tres plantas: la de Córdoba, la de Mendoza y la de Pipinas. José, otro ex trabajador de la fábrica, decía al respecto: “era de las tres empresas: Mendoza, Córdoba y Corcemar de Pipinas. La información, tanto social, empresaria, de cada uno, del nacimiento, de los cumpleaños”.

Imagen 6. Extracto del Boletín Corcemar donde se difunde la experiencia de la Colonia de Vacaciones Pipinas, proyecto impulsado y coordinado por la fábrica



Fuente: Registro de campo.

Imágenes 7 y 8. Extractos del Boletín Corcemar. En uno de ellos se difunden los nombres de las ganadoras del certamen “Reina del cemento”, organizado por la fábrica. En el otro se comunican mensualmente los cumpleaños de los trabajadores de cada una de las plantas



Cumpleaños del personal

Los cumpleaños del personal en enero y febrero próximos, son como sigue:

PLANTA PIPINAS

Enero: Día 1, Héctor Orlago, Embalsadora; 2, Isidoro Buitrago, Hornos; 3, Ing. Heinz Seidler, Fabricación; 4, José María Riquelme, Fabric.; 7, Lisandro Faldón, Fabricación; 10, Raúl Bengo, Depósito; y Julio Avila, Laboratorio; 12, Bartolo Lucero, Taller; y Samuel Castagnas, Canteras; 13, Ramón Pascual, Canteras; y Eduardo Vagge, Fabricación; 14, Rodolfo Olivares, Descoville; 15, Faustino Terrazón, Mec. de Novos; Ulino y Claudio Rogosa, Canteras; 24, Edgardo Mangalich, Usino; 28, Alfredo Innez, Electricidad; y Balmor Orand, Embalsadora; y 31, Román Dávila, Taller.

Febrero: 1, Abel Roggio, Electricidad; 5, Juan C. Gutiérrez, Taller; 6, Joaquín Rodríguez, Compresores; 8, Juan M. Villafra, Canteras; 9, Cirilo Bravo, Triturador; Sutti, Compresores; 13, Silvio Steindler, Taller; 14, Manuel Arce, Taller; y José Gutiérrez, Descoville; 15, Domingo Arguñón, Hornos; 16, Ricardo Pérez, Pafio; 17, Félix Perazzo, Es. Móviles; 19, Edmundo Bashano, Fabric.; 20, Pedro García, Embalsadora; 23, Ernesto Aramayona, Usino; 24, Benildio Pérez, Pafio; 25, José Riso, Viti y Héctor Mancini, Pafio; 27, Carlos Aldero, Grúas.

PLANTA MENDOZA

Enero: Día 1, Edgardo Da Nadal, Sección Comercial (Gerente Administrativo); Juan P. B. Taller Mecánico (Jefe de Taller); Martín Inez, Sección Grúas; Víctor A. Manjón, Sección Embalsadora; y Nicolás C. Salcedo, Sección Compresores; 2, Leonardo Gallo, Sección Comercial; 3, Eugenio Ciardullo, Sección Almacenes (Jefe de Almacenes); y Noel Oscar Rosa, Pafio; 4, Pablo Calderón, Aguilino Figueras, Hornos; César Lecler, Canteras; Bartolo Mellado, Envasas Vacíos; y José Merelles, Pafio; 5, José E. Ahumada, Turno; 6, Héctor A. Yáñez, Usino; 7, Félix Vicente, Hidrotador; 8, Enrique O. Rivas, Taller Mecánico; 9, Carlos A. Sánchez, Almacenes; Félix F. Amayo, Embalsadora; 10, Rodolfo C. Aguayo, Pafio; y Rodolfo Puebla, Turno Mecánico; 11, Oscar Callarín, Laboratorio; y Higinio C. More-Taller Mecánico; 13, José Kiraner, Taller Mecánico; Guernardo López, Usino; y Maurizio Servant (h.), Electricidad; 15, Vicente Barrionuevo, Molinos; Pablo Domínguez, Pafio; Marcelo Fuentes, Hidrotador; y Pablo A. Herrera, Envasas Vacíos; 16, Eduardo Vera, Turno; 17, Antonio Gallo, Hidrotador; Almacenes; Rafael Ramos, Hidrotador; y Antonio Videla, Hornos; 22, Demario Díaz, Canteras; y Víctor A. Ferrero, Hidrotador; 24, Francisco Bonilla, Oficina de Personal; y Ernesto E. Margant, Embalsadora; 25, Roberto Pariani, Oficina Técnica; 26, Policarpo Lucero, Hidrotador; 27, Octavio E. Román, Oficina Comercial; 28, Umberto Bernabé, Usino; y Jesús Nats-Servant, Hornos; y 31, Joaquín Gallana, Descoville.

Febrero: 1, José I. Olivares, Sección Suelos y Jornales; 2, Ing. Secundo, Adscripción a Gerencia; 3, Héctor Domínguez, Hidrotador; y José M. Berbel, Despacho de Cemento; 6, Juan Comas, Envasas Vacíos (Jefe); 9, Pietro Campagna, Envasas Vacíos; 17, Alberto Saig, Almacenes; 18, Miguel M. González, Envasas Vacíos; 19, Julio A. Díaz, Embalsadora; 20, Víctor V. Molina, Hidrotador; Juan Ramón Arce, Usino; y Eleuterio Montenegro, Taller Mecánico; 23, Damián Garín, Hornos; 24, Modesto M. Rivera, Taller Mecánico; 25, Pascasio Carvalide, Turno; y 27, Alberto Hiss, Ventas Secc. Comercial.

PLANTA DE YOCINA

Enero: 1, Julio Ernesto Gómez, Embalsadora; Enrique Montañón, Mantenimiento; 2, Raúl Navas, Relevante Jefe de Turno; y Ramón Romero, Relevante Jefe Usino; 3, Alberto Sánchez, Mantenimiento; 5, Amelio Macario, Producción; Angel Bagozzi, Producción; Hugo Killmer, Usino; 7, Miguel Lugoizambes, Producción; 9, Hugo Fioramonti, Producción; 10, Hugo Cressbears, Ventas; Esteban Gutiérrez, Almacenes; José Martínez, Producción; y Arnaldo Díaz, Servicio Médico; 15, Víctor Vargas, Envasas Vacíos; 20, Rubén Mautino, Jefe de Turno; 27, Jorge Lehmann, Usino; Arturo Casacco, Producción; y Guernardo Campa, Pafio; 28, Oscar Rocha, Usino; 30, Jorge Meyer, Usino; y 31, Juan Luvig, Jefe de Taller.

Febrero: 2, Horacio Arguñón, Producción; 3, Eugenio Díaz, Usino; y José Figueroa, Pafio; 4, Ing. Rodolfo Gregorio, Jefe Mantenimiento; y Alberto Díaz, Producción; 5, Francisco Accasio, Usino; y Jorge

(Pasa a pág. 11)

Fuente: Registro de campo.

Una de las entrevistadas incorpora a su relato un matiz crítico sobre esta dinámica general que se daba en Pipinas a partir de la fábrica:

es el enganche que tenían las fábricas, te organizaban toda la vida, no solo el trabajo: te ponían el club de fútbol para que vayan tus pibes, te daban una casa al lado de la fábrica, te ponían la colonia de vacaciones, entonces sin darte cuenta tu vida giraba alrededor de la fábrica, te enganchaban así. Pero bueno, imaginate que venís con algo así a un pueblito perdido, es como Disney acá (ríe). (Elvira, encargada del carrito 3; su marido es un ex trabajador de Corcemar).

No obstante esta interpretación, la dinámica social que se encargaba de generar la empresa es recuperada como un valor por todos los entrevistados. Hoy en día, habiendo cesado su actividad, se transfor-

mó en un dispositivo de referencia identitaria alrededor de lo que fue la fábrica y del ritmo que le imprimía a la localidad. En este sentido es que se hacía referencia, al inicio de este capítulo, al momento bisagra identificado en el cierre de la planta a principios de los 2000, al calor de los procesos sociales y económicos que se habían dado durante la década del '90 en el país.

Lo que aún pervive en la localidad no es tanto la fábrica como planta de producción de cemento, sino más bien lo que se generaba alrededor de ella en términos laborales y sociales:

Yo creo que en Pipinas era el único lugar donde siempre había más puestos de trabajo para ocupar que gente ocupada, porque Corce-
mar siempre tenía un nuevo puesto de trabajo para cubrir, era un monstruo, por eso mucha gente se venía a buscar trabajo, porque sabía que lo conseguía (...). Fijate que hasta odontólogos trabajaban en una fábrica de cemento, porque como tenía la salita de salud, una vez por semana venía un odontólogo, y ahí se atendían todos también (Ana, ex residente de Pipinas).

Habiendo señalado las dinámicas que Corce-
mar generaba en la localidad, y considerando que en la primera entrevista citada la empresa fue caracterizada por Antonio como el centro alrededor del cual “giraba todo”, se propone entender a la fábrica como un actor a partir del cual emergía una fuerza centrífuga que circulaba a través de distintos dispositivos por toda la comunidad, imprimiendo a su paso la fuerza identitaria de Corce-
mar: el Club de fútbol, la reina del cemento, la unidad de atención sanitaria de la fábrica, el Boletín, la constante fuente de trabajo que representaba. Esta fuerza centrífuga dejó de funcionar progresivamente a partir de la compra de la fábrica por el grupo Loma Negra a principios de 1990, hasta finalmente apagarse cuando se produjo el cese total de actividades (2001) —el momento bisagra—, un antes y un después en la historia de la localidad y, sobre todo, en las dinámicas sociales que se daban allí: “no extraño vivir en Pipinas (...).

Ahora, como está ahora no, extraño cuando vivíamos nosotros, así sí. Está muy triste, no hay nadie... desde que cerró la fábrica”, decía en la entrevista Ana, ex residente de Pipinas.

Las dinámicas señaladas se condensan en los relatos en la figura de la fábrica y, sobre todo, en un elemento particular: la chimenea. Quizás esto se explique a partir del hecho de que la chimenea aún existe: “cuando nosotros íbamos llegando, ya veíamos la chimenea, decíamos ‘ahí está’”, señalaba José, ex trabajador de Corcemar. Antonio, otro ex trabajador, ya citado, expresaba: “el día que dejó de salir humo... un golpe al corazón”.

En una de las entrevistas, al preguntar qué representaba este significativo, Antonio profundizó:

Y... todo, es como la identidad de... a mí me decís “Pipinas” y pienso en esa chimenea, en ese humo que te digo... yo siempre digo que vos en Bariloche tenés las casas con nieve en el techo y sabes que estás en Bariloche, en Pipinas tenías ceniza en los techos, y eso te daba a entender de que era Pipinas.

Estos discursos se complementan y fortalecen con otros no orales que fueron relevados en este trabajo de campo y que es oportuno incorporar en esta dimensión, como por ejemplo el Museo a Cielo Abierto Pipinas (MAPI), proyecto comunitario de intervenciones artísticas en la localidad. El objetivo principal es retratar la historia de la población, resaltando los valores identitarios de lo que fue la consolidación de Pipinas como localidad fabril y aportar a la consolidación de este espacio como instancia de participación colectiva. El MAPI consiste en una serie de murales de la localidad que fueron intervenidos con la intención de representar distintos hitos y características de Pipinas.

Algunas imágenes de esta iniciativa muestran la centralidad de Corcemar, y particularmente de la chimenea, en la elaboración de la identidad del lugar:

Imagen 9. Mural del Museo a Cielo Abierto Pipinas (MAPI)



Fuente: Registro de campo (2017).

Como puede verse, este mural es la parte exterior de un comercio de la localidad; al preguntarle al comerciante por el significado de esta intervención, dijo: “Está la chimenea de la fábrica y de arriba se ve como que sale humo y es una persona mirando al norte con un pájaro, yo entiendo... mi interpretación es que sería como que Pipinas avanza con la fuerza de la fábrica”.

Asimismo, un sector del predio donde funcionaba la fábrica fue intervenido por un proyecto de la escuela secundaria de la localidad en el marco de la materia Turismo, que se propone ofrecer un espacio de recreación recuperando la identidad del pueblo a partir de lo que fue Corcemar. El proyecto adoptó la forma de un paseo llamado “Un gigante, cenizas del recuerdo”, y desde allí puede apreciarse la chimenea.

Imágenes 10 y 11. Chimenea de la fábrica Corcemar y señalética indicativa del paseo “Un gigante. Cenizas del recuerdo”



Fuente: Registro de campo (2017).

En el año 2013, cuando Pipinas festejó los cien años de su fundación, se elaboró un cartel conmemorativo de este aniversario para ser exhibido en los comercios de la localidad. El mismo tenía el espíritu de recuperar la identidad del pueblo:

Imagen 12. Cartel conmemorativo del centenario de la localidad (2013)



Fuente: Registro de campo (2017).

Sobre la Ruta Provincial 36, a pocos metros del ingreso, se puede apreciar una obra indicativa de Pipinas, que también configura la identidad de la localidad en torno a la fábrica, materializada en la chimenea (siempre despidiendo humo, es decir, en funcionamiento) que se forma a partir de la letra “N” de la señal.

Imagen 13. Señal indicativa de la llegada a la localidad



Fuente: Registro de campo (2017).

Un dato que proporciona una razón más para considerar la chimenea de la fábrica como un significante de gran peso en la identidad de la localidad es el temor de los pipinenses, basado en la sospecha de que, con la instalación del proyecto Tronador⁷ en el predio donde se encontraba Corcemar, la gerencia de este nuevo emprendimiento determine la demolición de la chimenea. Esto es recuperado en el relato del informante de la gerencia de la fábrica:

Yo tengo discusiones ahora (...) del tipo de “¿qué van a hacer con la chimenea?” no sé qué vamos a hacer con la chimenea. La van a voltear (...), yo entiendo la importancia de los símbolos, yo también tengo una remera de “Salven a las ballenas” que no la tiro

⁷ Tronador II es el nombre que recibe la segunda etapa del proyecto de desarrollo de lanzadera espacial o cohete en el marco del Plan Nacional Espacial de Argentina. Esta lanzadera espacial es un cohete multietapa de un solo uso, proyectado para colocar satélites en **órbita polar** y para enviar cargas a **órbitas bajas**. En este Polo Espacial se encuentra emplazado el modelo en escala de dicho lanzador, que anteriormente había sido exhibido en la feria Tecnópolis.

porque le tengo cariño. A esta gente le debe pasar lo mismo con la chimenea. Ahora bien, viste, estamos tratando de hacer una fábrica de alta tecnología. Ustedes deberían pensar que este va a ser el lugar donde van a trabajar tus hijos, no que es el lugar donde trabajó tu papá (Gastón, trabajador de la gerencia del proyecto Tronador).

Lo interesante de este discurso es cómo se ilustra el encuentro conflictivo entre intereses y representaciones que responden a dos órdenes distintos: uno de ellos, a una posibilidad de desarrollo fabril de alta tecnología, y otro, a la elaboración simbólico-identitaria de la localidad. Estas dos cuestiones se relacionan de manera conflictiva en todos los relatos recuperados. El conflicto parece traducirse en una puja entre dos momentos, el pasado y el futuro: “deberían pensar que este va a ser el lugar donde van a trabajar tus hijos, no que es el lugar donde trabajó tu papá”. En este sentido los entrevistados ofrecen interpretaciones unánimes: el pasado es Corcemar y el futuro es el proyecto Tronador. El conflicto sucede en la apropiación de cada uno de estos términos: para unos el pasado es la identidad de Pipinas, la fábrica como fuerza centrífuga que se describe más arriba; para la gerencia del proyecto Tronador el pasado es algo a superar a partir de las posibilidades que ofrece el nuevo emprendimiento.

Esta contraposición se ve exacerbada por un hecho que no es menor: el actual proyecto está emplazado en el predio donde funcionaba Corcemar, por lo que se puede identificar una intención por parte de la gerencia y también del gobierno municipal, de resignificar el espacio a partir de este hecho, mientras que los residentes de la localidad —y más aún los ex trabajadores de la fábrica— resisten a este intento de resignificación, pues ven amenazada su identidad como pueblo:

lo que dice el intendente es que nosotros tenemos que lograr que Pipinas busque su propia identidad (...) Quizás este proyecto, el Tronador, pueda generar algún tipo de identidad en el distrito. Se va a poblar con gente sin duda vinculada al proyecto en gran me-

didá, en ese sentido apunta a ser la nueva Corcemar, la Corcemar del siglo XXI (Gustavo, funcionario municipal).

Y si bien a todos nosotros ver la chimenea ahí apagada, nos hace pensar que eso ya no está funcionando, nos da tristeza... pero a la vez nos parece bien que esté ahí, para que los chicos de acá sepan qué fue esto antes de ser como lo conocen ellos, dónde trabajaba tu abuelo, tu papá incluso, es importante que sepan de dónde vienen (José, ex trabajador de Corcemar).

Este encuentro conflictivo da pie para reflexionar de qué manera los pipinenses se apropian del proyecto Tronador como un proyecto colectivo y en esa línea, preguntar si existen intentos por parte del gobierno local y de la misma fábrica de cohetes de generar instancias de apropiación, ya que se percibe en ella un hermetismo que obstaculiza la circulación de conocimiento en cuanto a lo que sucede allí. ¿Se darían dinámicas de relación más armónicas entre los vecinos y la fábrica si el conocimiento circulara? ¿Habría instancias de diálogo y discusión en torno a intereses que son compartidos, como es el caso de qué hacer con la chimenea?

Balance

A partir del estudio de la dimensión simbólico-identitaria del desarrollo territorial se encuentran articulaciones horizontales al pensar en los vínculos entre la fábrica de cohetes y el resto de los habitantes de Pipinas, o instituciones como la escuela, que diseñan estrategias para fortalecer la identidad de la localidad ligada a Corcemar. Asimismo, el Estado, representado por el gobierno municipal, interviene generando una articulación en diagonal a partir de la promoción del proyecto Tronador II como una nueva fuente de empleo y un nuevo punto de referencia identitaria para Pipinas.

La intención de que el Tronador sea “la Corcemar del siglo XXI” despierta vínculos conflictivos entre los actores de la localidad; es po-

sible considerar que esto es alimentado por una falta de articulación entre esta iniciativa y el resto de la comunidad, que quedó plasmada en los discursos recuperados, en los horizontes no compartidos y en la falta de reconocimiento del peso identitario que tienen los diferentes significantes en la localidad.

Lo cierto es que la ausencia de los espacios compartidos de diálogo no solo genera construcciones en términos de expectativas y sospechas de los pipinenses, sino que los lleva a adoptar una actitud de resistencia ante la amenaza directa sobre sus significantes, que en última instancia se corresponden con su propia construcción identitaria y lo que han podido hacer con su historia.

Esta percepción genera resistencia por parte de distintos actores de la localidad, que encuentran en los espacios de intervención oportunidades de manifestación de su identidad como pueblo: un claro ejemplo es el Museo a Cielo Abierto, donde se evoca a través de la elaboración colectiva de murales en distintos puntos de la localidad, ese pasado vinculado a la fábrica Corcemar, o la elaboración del cartel conmemorativo de los cien años de Pipinas que muestra la centralidad de la chimenea.

A este tipo de movimientos se aludía en la primera parte de este capítulo con la referencia a territorios de la modernidad: a partir de la intervención de lógicas no locales que tienen impactos locales (como la compra de Corcemar por Loma Negra, o la instalación del proyecto Tronador en el predio donde estas funcionaban) se gestan iniciativas territoriales que pueden entenderse como contrahegemónicas y contestatarias a procesos que estas intervenciones generan. En este caso, una amenaza a la identidad del pueblo.

Por todo lo expresado, se considera que esto debe interpretarse desde una perspectiva de desarrollo territorial como la que aquí se propone: como una instancia de acumulación simbólico-identitaria para la comunidad a partir de las vinculaciones que se dan entre los actores territoriales.

Referencias bibliográficas

- Arocena, J. (1988). Discutiendo lo local: las coordenadas del debate. *Cuadernos del CLAEH*, 45-46, 7-16.
- Arocena, J. y Marsiglia, J. (2017). *La escena territorial del desarrollo. Actores, relatos y políticas*. Buenos Aires: Taurus.
- Arocena, J. y Sutz, J. (2000). *Mirando los sistemas nacionales de innovación desde el sur*. Presentación en la OEI.
- Caracciolo, M. (2014). Construcción de tramas de valor y mercados solidarios. En A. García (Comp.), *Espacio y poder en las Políticas de Desarrollo del siglo XXI*. Buenos Aires.
- Casalis, A. (2008). *El desarrollo territorial, un desafío para la construcción de un nuevo modelo de desarrollo*. Trabajo presentado en las II Jornadas Nacionales de Investigadores de las Economías Regionales. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil.
- Cepal. (1999). Enfoques de desarrollo en América Latina, una revisión conceptual. *Serie Desarrollo Económico*, 3.
- Chain, L. (2012). *Vinculaciones entre conocimiento especializado y políticas de planificación para el desarrollo local: El caso de la Dirección de Asuntos Municipales de la UNLP en el proceso de asesoramiento del Plan Estratégico Brandsen (2002/2003)* (Tesis de Maestría). Universidad Nacional de San Martín. Buenos Aires.
- Coraggio, J. L. (2003). El papel de la teoría en la promoción del desarrollo local. (Hacia el desarrollo de una economía centrada en el trabajo). En J. L. Coraggio, *La Gente o el Capital. Desarrollo Local y Economía del Trabajo*. Quito: Ed Abya-Yala.
- Coraggio, J. L. (2009). *Territorio y economías alternativas*. Ponencia presentada en el I Seminario internacional Planificación Regional para el Desarrollo Nacional. Visiones, desafíos y propuestas. La Paz, Bolivia.
- Cravacuore, D. (2006). La articulación de actores para el desarrollo local. En A. Rofman y A. Villar, *Desarrollo Local. Una revisión crítica del debate*. Buenos Aires: UNQ y UNGS - Ed. Espacio.

- Dematteis, G. (1967). L'organizzazione territoriale del Piemonte secondo l'I.R.E.S. *Bollettino della Società Geografica Italiana*, C(CIV), 76-92. Recuperado de <http://societageografica.net/images/stories/1967.pdf>
- Dematteis, G. (1985). *Le metafore della terra. La geografia umana tra mito e scienza*. Milano: Feltrinelli.
- García, A. (2010). *Espacio y poder en las Políticas de Desarrollo del siglo XXI*. Buenos Aires.
- Haesbaert, R. (2013). Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad. *Cultura y representaciones sociales*, 8(5), 15. Recuperado de <http://www.culturayrs.unam.mx/index.php/CRS/article/view/401>
- Harvey, D. (2003). *El nuevo imperialismo*. Oxford: Ed. Oxford University Press,
- Indec. (1991). *Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda*. Recuperado de <https://www.indec.gov.ar/indec/web/Nivel4-Tema-2-41-136>
- Indec. (2001). *Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda*. Recuperado de <https://www.indec.gov.ar/indec/web/Nivel4-Tema-2-41-134>
- Indec. (2010). *Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda*. Recuperado de <https://www.indec.gov.ar/indec/web/Nivel4-Tema-2-41-135>
- Indec. (2015). *Unidades geoestadísticas. Cartografía y códigos geográficos del Sistema Estadístico Nacional*. Buenos Aires. Recuperado de <http://geoservicios.indec.gov.ar/geoserver>
- INTA. (2007). Enfoque de desarrollo territorial. *Documento de trabajo, 1*. Recuperado de <https://inta.gov.ar/sites/default/files/script-tmp-enfoque.pdf>
- Laurelli, E. y Finquelevich, S. (1990). Innovación tecnológica y reestructuración desigual del territorio: países desarrollados - América Latina. *Revista Interamericana de Planificación*, XXIII(84), 191-223.

- López, E. (2015). Desarrollo local: conceptos e instrumentos. Material de trabajo del seminario *Desarrollo local y participación*. Facultad de Trabajo Social, UNLP.
- Magri, A. y Rodriguez, M. (2017). La fábula de los tres hermanos y el desarrollo territorial en su complejidad multinivel. Consideraciones sobre el caso uruguayo en el contexto latinoamericano. *Cuadernos del CLAEH*, 2.da serie, 36(105), 99-126.
- Manzanal, M. (2007). Territorio, poder e instituciones. Una perspectiva crítica sobre la producción del territorio. En M. Manzanal, M. Arzeno y B. Nussbaumer (Comps.), *Territorios en construcción: actores, tramas y gobierno entre la cooperación y el conflicto* (pp. 15-51). Buenos Aires: CICCUS.
- Manzanal, M. (2008). Desarrollo territorial e integración nacional ¿Convergencia o divergencia? En J. Nun y A. Grimson (Comps.), *Territorios, identidades y federalismo* (pp. 101-110). Buenos Aires: Edhasa.
- Marinho, L. C. (1988). *La CEPAL y las concepciones del desarrollo en América Latina*. Documento de discusión interna Cepal.
- Marsiglia, J. (2009). *Cómo gestionar las diferencias: la articulación de actores para el desarrollo local* (Tesis de Maestría). Universidad Nacional de San Martín. Buenos Aires.
- Massey, D. (2009). *Geometrías del poder y la conceptualización del espacio*.
- Montañez, G. y Delgado, O. (1998). Espacio, territorio y región: conceptos básicos para un proyecto nacional. *Cuadernos de Geografía*, VII(1-2), 121-134.
- Ocampo, J. (2008). Los paradigmas del desarrollo en la historia latinoamericana. En J. Machinea, E. Iglesias y O. Altimir (Eds.), *Hacia la renovación de los paradigmas del desarrollo en América Latina*. Santiago de Chile: Cepal y Segib.
- Potoko, A. (2013). Entre el Estado y la sociedad: Procesos de transformación del territorio. El caso del barrio Sumay Pacha en

- la Quebrada de Humahuaca. *Registros*, 9(10), 95-111. Recuperado de <https://revistasfaud.mdp.edu.ar/registros/article/view/73>
- Provincia de Buenos Aires. (1995). *Ley N° 11584. Creación del Partido de Punta Indio*. Recuperado de <https://normas.gba.gob.ar/ar-b/ley/1995/11584/5236>
- Rapoport, M. (2007). *Mitos, etapas y crisis en la economía argentina*. En M. Rapoport y H. Colombo (Comps.), *Nación-región-provincia en Argentina. Pensamiento político, económico y social*. San Fernando del Valle de Catamarca: Imago Mundi.
- Reboratti, C. (2001). Una cuestión de escala: sociedad, ambiente, tiempo y territorio. *Sociologías*, 3(5), 80-93.
- Riffo, L. (2013). 50 años del ILPES: evolución de los marcos conceptuales sobre desarrollo territorial. *Cepal. Serie Desarrollo Territorial*, 15. Recuperado de <https://www.cepal.org/es/publicaciones/7248-50-anos-ilpes-evolucion-marcos-conceptuales-desarrollo-territorial>
- Santos, M. (1996). *Metamorfosis del espacio habitado*. Barcelona: Oikos-Tau.
- Scott, A. y Storper, M. (2003). Regions, globalization, development. *Regional Studies*, 37, 579-593.
- Sili, M. (2005). *La Argentina rural. De la crisis de la modernización agraria a la construcción de un nuevo paradigma de desarrollo de los territorios rurales*. Buenos Aires: INTA.
- Silveira, M. L. (2011). Territorio y ciudadanía: reflexiones en tiempos de globalización. *Uni-Pluri/versidad*, 11, 3. Recuperado de <https://revistas.udea.edu.co/index.php/unip/article/view/11833>
- Touraine, A. (2005). *Un nuevo paradigma. Para comprender el mundo de hoy*. Buenos Aires: Paidós.